

COLABORADORES DE «ATENA»

MANCHA BLANCA

Por LUIS FAJARDO HERNANDEZ

*Mancha Blanca, Mancha Blanca,
puerto de mil devociones,
donde el volcán celebró
su armisticio con los hombres.*

*Por ese camino abajo
va la gente de Dolores:
asómate, Candelaria,
que ya se ven, ya se oyen...*

*Camellos con silla inglesa
o con colcha de colores:
en el brazo las mujeres,
a la cruz niños y hombres.*

*Hormiguero caminante
de luces y de rumores,
bajo las blancas sombrillas
tejiendo conversaciones.*

*Brisas de tierra y de mar,
marinos y labradores;
de todas partes vinieron
con el frescor de la noche.*

*Han llegado las ruletas
y las cajas de turrones,
y alguna que otra parranda
de los más madrugadores.*

*Está de gente la ermita
como todo Lanzarote:
ni un conejero que falte
ni una baldosa que sobre.*

*A la mitad del sermón
alguna mujer se pone
tan malita, tan malita
que la sacan cuatro hombres.*

*Hay en la plaza una niña
así como de catorce,
todavía libre y sola,
pues ella no corresponde
a ninguno de los muchos
que la requieren de amores.
La brindan con unos dulces
que la niña no se come
para llevarlas la feria
a tres hermanos menores.*

*Si hasta ella se acercare
aquel muchachito joven,
entre la nieve y el fuego
se volviera mudo el pobre,
que eso mismo le pasó
en la fiesta de San Roque,
y los que nunca se hablaron
se han mirado desde entonces.*

*Alredor del ventorrillo,
tocador y cantadores;
un solo vaso de vino
recorre las estaciones.*

*El timple—puñal del aire—
acuchilla con sus voces
la media esfera celeste
que se desangra en canciones.*

*Salieron del ventorrillo
sin que a ninguno le asombre
que siendo los ojos dos
las cosas las viera dobles;
mas no aciertan a entender
por mucho que reflexionen
cómo allí dentro metidos*

LOS NOVELES TAMBIEN CUENTAN

UN RINCON VASCO

Por María de los Angeles Otamendi

Bajaba del monte, corriendo, con los brazos cargados de lirios y romero que había cogido de los zarzales salvajes. La noche caía pausadamente, dejando deslizar sus tonos indefinidos entre los montes, muy verdes, poblados de árboles que hacían figuras extrañas y fantasmales con sus ramas. Me senté sobre la hierba alta y fresca, confundiéndome, casi, entre ella. Un ramo de flores silvestres yacía en mi regazo, borroso en el anochecer, despidiendo su olor puro, y no sé por qué me sentí triste; llena de algo misterioso que me hacía insignificante entre la belleza, indescriptible, del paisaje norteño.

Abajo, en el valle, aún se distinguían los caseríos aislados de típica estructura, iluminados por chorrillos de luz cobriza lanzados tenuemente desde un sol semioculto. Bordeaba el lugar un río cubierto de chopos recios y centenarios que crecían a la orilla del agua. Por una vereda sombreada de manzanos y helechos húmedos, caminaba despacio un carro de vacas cargado de alfalfa. El casero, de boina raída, les guiaba silbando cierto zorrico pasado de moda... Seguí corriendo campo a través. Al pasar por la plaza del pueblo vi a las mozas charlar y reír, apartadas, valiéndose de un lenguaje extraño con vocablos de erres y cetas, que oía continuamente. En el otro extremo los mozos discutían, divertidos, si debían hablar a las chicas o no. En un rincón, las mujeres de edad cu-chicheaban cómo no sobre el último acontecimiento. Más allá los caseros de aspecto fornido, proyectando la próxima feria de ganado. En el frontón de la misma plaza los «pelotaris» mostraban su destreza en el juego de la pelota vasca, animados bulliciosamente por los aficionados. Las campanas de la Iglesia tocaron la hora del Rosario, y todos, hombres, mujeres y niños, se dirigieron al templo enclavado en una pequeña colina en medio del pueblo. Tenía acceso por unas escaleras de piedra gastada en cuyos descansillos brotaban, sin orden, hierba y margaritas espontáneas, pareciendo desde abajo una rampa vistosa de césped. Detrás de una montaña, ágil y oscura, se desvanecían los últimos rayos del sol. Escuché los murmullos del campo: el río, los chopos y el maizal, movidos por la brisa, que parecían decir soñolientos «¡País Vasco...!» Y seguí caminando en la noche...

Pamplona, agosto de 1963

Al pedir cerveza

Exija LA TROPICAL

el sur se les vuelve norte.

*De pronto, Pancho el Cumplido,
que no tiene quien lo compre,
le ha tirado una trompada
a Domingo el de Dolores.
Se fueron desafiados
detrás de los paredones:
que no hay fiesta sin picada
desde que en el mundo hay hombres*

*El cielo todo de palmas,
banderas y voladores;
cielo caliente que hierve
denso de tierra y canciones*

*Mancha Blanca, Mancha Blanca,
la de las mil devociones,
donde ha tenido su fiesta
la virgen de los Dolores.*